

# LOVE STORY

relaciones humanas en un medio social. Y me parece asombroso que se hable de repulsa del erotismo. El éxitazo de «Love Story» radica únicamente en su inmensa capacidad para curar malas conciencias. Conciencias neuróticas y ambivalentes como las de los protagonistas. La repulsa exige una previa adquisición, una experiencia de esa adquisición y una subsiguiente toma de conciencia. Nada de esto se produce. El mecanismo es mucho más simple. James Bond y Oliver Barnett no son personajes antagó-

nicos, sino complementarios (2). Ambos satisfacen, ayudados por la propaganda, cada una de las dos frustraciones que oculta el cerebro del «homo sapiens» contemporáneo: la de la imposible violencia y el imposible amor. No es casual-

(2) La manera en la que Oliver hace referencia a la guerra de Vietnam creo que es suficientemente expresiva. Transcribo: «Me asocié al Harvard Club, de Nueva York, creado por Raymond Stratton en 1964, recién incorporado a la vida civil después de haber abatido algún vietcong». «No estoy muy seguro de si eran vietcong realmente, así que abrí fuego hacia los arbustos».

idad ni mucho menos que el autor del foto-romance (no olvidemos el origen filmico de la novela) sea profesor en Yale y colaborara en la redacción de «Yellow Submarine». Esta es la época de los científicos de la represión y los métodos de investigación social. Como inteligente que es, Segal ha dado con la terapéutica adecuada y ha vendido su mercancía con notable éxito. Ha demostrado que en esta sociedad el porvenir pertenece a Panurgos científicos sin demasiados escrúpulos.

ry», ¿qué piensa míster Segal de este éxito, cómo lo explica?

—¡Oh, no, por favor! ¡No se me puede preguntar eso!... Recuerdo una frase de Bernard Shaw, que dijo en una ocasión: «Yo no soy más que el autor». Y ese es mi caso. Contesto francamente lo mismo. Yo no soy más que el autor. Ha habido psiquiatras, médicos, sociólogos que han intentado explicar el fenómeno del éxito de este libro, pero no han podido. Sólo un crítico francés ha conseguido dar en el clavo, diciendo que «Love Story», al mismo tiempo que fenómeno literario, es un fenómeno social. Y esta es la cuestión. Raras veces habrán oído ustedes hablar de las cualidades literarias del libro. Nadie se preocupa de ello, a todo el mundo lo que le interesa es esto del éxito. Y yo tampoco voy a hablar de los valores literarios de mi novela. No voy a hacerlo, porque ustedes podrían discutirlo si quisieran. Un concepto del arte es siempre discutible. Pero lo que no se puede discutir es el éxito. Esto es un hecho. Pues bien, voy a decir una cosa que les va a sorprender: yo no creo que en este momento haya un solo americano que no haya leído «Love Story». ¿Sabes ustedes qué datos arrojan las estadísticas? ¡Y las estadísticas no mienten! Pues dicen que en los Estados Unidos—sólo en los Estados Unidos—el libro ha sido leído por cincuenta millones de personas. Cincuenta millo-nes... ¡Cincuenta millo-nes!... Sé perfectamente lo que digo: cincuenta millo-nes. ¡Este es el hecho!

## ERICH SEGAL

# UN MENSAJE A LOS CORAZONES

### DIEGO GALAN

El hombre que ha escrito «Love Story» es bajo, con el pelo rizado, gigantescamente feo, amanerado al hablar, ampuloso en sus gestos, poco modesto en sus expresiones y, sobre todo, confuso en las ideas y dictatorial en las declaraciones. No ha sido fácil localizarle. Al contestar al teléfono hablaba de su necesidad de hacer deporte todos los días, de lo cansado que estaba de las entrevistas, de su año de «gloria y éxitos», que le habían «empañado la moral»... Por fin, una tarde nos reúne a varios periodistas en su desartada habitación de hotel. En seguida nos damos cuenta de que le encanta conceder entrevistas, que es feliz montándose el número de señor acosado y popular. Nos parece comprender que Erich Segal consigue reivindicarse ante sí mismo siendo una persona «internacionalmente popular»...

Es muy difícil transcribir sus palabras, porque Segal es un hombre que habla con los gestos, que mastica los sonidos, que desprende agresividad cuando contesta... Más tarde, una entrevista para televisión le sacaría del estómago una sonrisa angelical, reservada exclusivamente a la vida hogareña de sus apasionados (!) lectores...

—¡Oh, el éxito! ¡El éxito! ¡Si ustedes supieran! ¡Mucho éxito! —hace un gesto decimonónico de quitarse

el sudor de la frente— ¡Demasiada gloria, demasiado éxito... demasiado todo! No hay ser humano que lo soporte. Es in-so-por-ta-ble, insoportable. ¡Oh!... Por eso, por estas razones, debido a todo ello, necesito tomarme un descanso de un año, un año fuera, desaparecido, sin que nadie me vea; un año al margen, un año!... Quiero leer, voy a leer libros... Pero no libros vulgares, sino de erudición. Porque ustedes deben saber que yo era, soy, profesor de Literatura en la Universidad. ¡Ese es mi trabajo, esa es mi vocación! Y yo escribo libros sobre la «recherche»... Voy a hacer uno ahora sobre la cultura griega del siglo V antes de Cristo. La «recherche» universitaria que yo hacía antes de mis éxitos populares. Porque, ¡claro!, ustedes no conocen más que mis éxitos populares, pero yo he tenido antes otros éxitos en el campo de la «recherche»...

No se puede traducir la palabra «recherche». Perdería la especial entonación que Segal le da al pronunciarla. Dicha por él adquiere una musicalidad sorprendente, que combina con una toscilla estilo Gautier que lanza mientras dice: «Por favor, no me fumen. No estoy bien de mis bronquios».

—Pues sí, yo he escrito varios libros sobre la antigüedad grecorromana. Y oso decir que soy autor

del libro más importante que se haya escrito nunca sobre un autor dramático llamado Plauto. ¿Han oído ustedes hablar de él?... Claro, que ustedes no conocerán mis libros, porque están escritos exclusivamente para profesores; incluso los alumnos no entenderían nada. ¡Tienen más de quinientas notas! Son muy difíciles, pero muy importantes al mismo tiempo. Fíjense ustedes que estuve hace quince días en Estocolmo y me acerqué a la Universidad a echar una ojeada sólo para ver si se usaban mis libros. ¡Y allí estaba el de Plauto, en la mismísima biblioteca! Mis libros han sido publicados por editoriales muy importantes de los Estados Unidos e Inglaterra, y esto les demuestra que no son nada trivial ni pasajero...

Plauto y la Universidad de Estocolmo. Esto no era lo previsto. Hay que hablar algo de «Love Story», escrito por este señor, que parece recoger con las manos las palabras que va pronunciando, tal es el juego que monta con las mismas. Hay una periodista italiana que confiesa que se le ha olvidado el francés al ver a Segal. En voz baja dice que es un señor que le parece raro. No quiere hacer ninguna pregunta; sólo piensa en marcharse. Está nerviosa.

Hablamos entonces de «Love Sto-

Erich Segal sonríe y hace una pausa.

—Y yo no soy un filósofo, ni un sociólogo, ni nada de eso. Yo era, soy, un profesor de Literatura y un simple escritor que, de vez en cuando, escribía cosas, pero que un día se sintió sorprendido por una historia auténtica que le impresionó. «Love Story» no es un estudio de las costumbres actuales, ni occidentales, ni orientales, ni americanas, ni nada. Es simple y llanamente una cosa que viene del corazón y se dirige al corazón... Y esto no es poco, ¡es más que suficiente! Y es el secreto del éxito loco que estoy teniendo.

Hay otra pausa, la suficiente para cambiar de tono:

—Pero he de decir que este éxito de «Love Story» es, para mí, demolidor. Es un éxito que molesta muchísimo. Y es por esto, por esta razón, por lo que quiero evadirme durante un año. ¡Descansar! Necesito equilibrarme de nuevo. Durante este año no hace falta que escriba ningún otro libro de éxito, porque en el mundo hay una cantidad fija de lectores de novelas, otra cantidad de espectadores de cine, y, de momento, están cubiertos con lo que he hecho. Pueden leer la novela y ver la película. Y yo, mientras tanto, puedo descansar... Aunque, claro, hay ya otras dos películas que se están preparando sobre guiones míos. Escritos hace más de un año... ¡Tiene gracia esto!

Se rie.





ERICH SEGAL

—Ustedes ya conocen las aventuras del guión de «Love Story» antes de publicarse, ¿verdad? Es una historia interesantísima. Y con ella les demostraré que «Love Story» no es un «best-seller» premeditado, prefabricado... Los «best-seller» no se fabrican. Nadie sabe hacerlo. No se puede hacer. Surgen de pronto, cuando se conecta con el corazón de las gentes... Pues bien, yo estaba sentado en mi despacho de la Universidad y vinieron unos alumnos a contarme la historia de un compañero que yo había tenido en la clase. El chico había acabado sus estudios y antes de continuar los superiores se casó con una muchacha. Ella trabajó mientras él seguía estudiando, y cuando él consiguió acabar totalmente la carrera, ella se murió. ¡Esta era la historia! Es el argumento de «Love Story», y, por lo tanto, queridos amigos, es una historia verdadera. El esquema de la historia de la novela me fue contado directamente, y yo, mientras lo oía, me quedaba impresionado. Inmediatamente, «tout de suite», me puse a escribirla. Me acordaré siempre que, mientras los hacía, sentía sobre mí la presencia de los personajes reales, aunque estuvieran lejos de mí en aquel momento; tan emocionante era su historia. Estuve seis semanas sin dormir y sin hacer nada, aprovechando unas vacaciones de invierno. Cuando acabé el guión —porque era un guión para una película—, lo presenté a todos los productores de Hollywood y todos me lo rehusaron. Lo rehusaron, ¿comprenden? Si hubiese sido un producto fabricado, un éxito estipulado desde el principio, no hubiera ocurrido así. Los productores no lo quisieron. Hasta hubo uno que me dijo: «Segal, usted era un joven esperanzador para nosotros. Usted prometía mucho como guionista, por su talento y por su éxito de «El submarino amarillo». Esperábamos muchísimo de usted. Pero nos hemos quedado muy decepcionados al leer esta historia que nos ha traído, porque es una historia propia de un «amateur» sin talento. Váyase y reflexione mejor antes de traernos nada más». ¿Se dan ustedes cuenta? Así sucedió. Yo no le di importancia, porque es algo que me ha ocurri-

do otras veces, y tengo varios guiones y proyectos en el cajón de mi mesa, como le ocurre a todo el mundo y a todos los autores de talento. Pero ocurrió que mi agente literario, la mujer que se encarga de las cosas que yo publico, me dijo que había algo en la historia de «Love Story» que a ella le interesaba. Y me sugirió que escribiera una novela sobre el mismo tema. «Una novela —me decía— cuesta menos trabajo que una película. Es menos arriesgado y vale la pena intentarlo». «Pero —le contestaba yo— en mi vida he escrito una novela. Yo no conozco las reglas». «Tanto mejor —me decía ella—, así será más espontánea y más real...». El resto de la historia ya lo conocen ustedes. Escribí... lo que he escrito, y vino el éxito, tras el éxito, tras el éxito, tras el éxito. ¡Un éxito increíble!... Pero hay que comprender que yo he tenido un año de fracasos antes de este éxito, que no ha surgido de la nada, sino que es producto de muchos sinsabores y de no pocos esfuerzos.

—Señor Segal, ¿no ha influido en el éxito el montaje publicitario que ha rodeado la novela? Es decir, ¿no se trata también de un producto de la publicidad?

—Yo sólo puedo decirle que la gente se emociona con la historia. Que la han leído cincuenta millones de americanos y que aún sigue vendiéndose la novela y se sigue viendo la película. Sé que leer «Love Story» es un placer y que es algo que no importa qué condición social, qué país, qué cultura o qué edad. En Japón, el libro ha sido un éxito, como en Francia y como en todos los rincones del mundo. ¡Un éxito internacional a gusto de todos! El montaje publicitario ha sido posterior. Ustedes saben que la publicidad siempre es posterior, nunca obliga a un artículo, sino que secunda el éxito popular del artículo.

—¿Y le preocupa a usted la influencia de la novela a tan gran cantidad de público?

—¿Preocuparme? ¿Por qué? No creo tener ninguna influencia con

mi libro. No es un libro malo ni es un libro inmoral. Es una historia que no aburre absolutamente a nadie. Es una fuente de placer para todo el mundo, y el placer no siempre es pecado. Además, un autor no está siempre obligado a predicar la moral. La verdad es que tampoco sentiría ninguna responsabilidad si hubiera escrito un libro pornográfico o inmoral. Pero, de cualquiera manera, este no es el caso. He de recordarles a ustedes que yo he hecho también el guión más «fuerte» sobre el problema de la contestación estudiantil. Es una de las historias más importantes que se han hecho sobre este problema, aunque la película luego no haya resultado demasiado bien. La ha dirigido Stanley Kramer y se llama «R.P.M.» («Revolución por minutos»). Es una pena que Kramer no haya sabido hacer la película, porque el guión es muy serio y muy bueno... También tengo que recordar a ustedes que yo he sido el autor de una de las películas más importantes de los últimos tiempos: «El submarino amarillo».

—A este respecto, si mal no recuerdo, el guión aparecía firmado por Minoff, Brodax, Mendelshon y luego por usted; el argumento, además, estaba firmado por John Lennon, Paul McCartney y Minoff...

—Sí, pero yo soy el único autor. Fui el único guionista, y permítame que se lo diga, porque esto lo conozco yo mejor. Fueron muchos los guionistas que trabajaron en «El submarino...», pero la gente o se marchaba o les invitaban a la puerta. Yo fui el único. En aquella época, a mí no importaba tanto compartir la gloria con los demás. No me importaba entonces ser el último de la lista. Pero ahora se sabe muy bien que yo fui el único autor. Y una prueba de ello es que ninguno de los demás firmantes de la película ha vuelto a hacer nada más. Sin embargo, yo no he parado de hacer cosas... Y esto es una prueba que usted no me puede discutir. ¡Y hace ya cuatro años! Han tenido tiempo de hacer más cosas. No me importa compartir los honores de la crítica con los demás. Además, es muy incómodo empezar a poner pleitos en

el Sindicato de Autores y cosas así. ¡No me importa compartir la gloria!... ¡La comparto! ¡No me importa! No me importa no ganar toda la gloria del mundo, eso es efímero y no vale para nada. Ahora, con el éxito, llegan las difamaciones, las declaraciones de la gente que me odia o me envidia. Lo que antes era un problema personal privado entre unas personas, pasa ahora a la primera página de los periódicos y todo el mundo se aprovecha para decir cosas brillantes y difamatorias sobre mí. Este es el pago del éxito. Por esta razón también es por lo que quiero desaparecer a primeros de julio. No puedo soportar estas cosas. Soy muy sensible a ellas... Me voy. Desaparezo... Necesito leer...

—¿Lee usted novelas?

—No puedo, no tengo tiempo de leer novelas. ¿No ve que hago la «recherche»? Si leo novelas no puedo hacer la «recherche», y si hago la «recherche» no puedo leer novelas. ¿No lo comprende?

—¿Qué relación hay entre «El submarino amarillo», que es una obra formalmente revolucionaria, y «Love Story», que es una novela congénitamente reaccionaria?

—Esa será su opinión. Es su opinión. Porque de «Love Story» no se ha dicho sólo eso. Si a usted le parece que es reaccionaria, es su propia opinión...

—¿Qué relación hay?

—No hay ninguna... Pero es que los autores no tienen que hacer siempre lo mismo. No tienen por qué estar contando toda la vida el mismo tema.

—No, no es el tema. Es la perspectiva personal de un autor sobre unas cuestiones...

—Pero es que la perspectiva cambia. ¡A mí me cambia todos los días!... Mire, le voy a decir una cosa: no utilice demasiado la razón. ¡Deje en libertad el instinto! Por favor, no hay que razonar demasiado. Hay que respetar lo contrario de la razón, que es el instinto. Eso es lo que yo hago, entre otras cosas porque yo utilizo demasiado la razón en mis clases de la Universidad. Quizá por eso no puedo dar ahora una respuesta razonable.

Parece como si la opinión de que «Love Story» es una obra reaccionaria se hubiera molestado más de lo previsto. A partir de ese momento, la sequedad en las respuestas aumenta, y prácticamente nos expulsa de su habitación.

Erich Segal, que se autodefine como «una rosa azul pensante», se marcha a correr veinte kilómetros. Su ejercicio diario. Antes, a pesar de su enfado, pregunta si en España se ha visto ya la película. Le contesto que no y hasta me atrevo a confesarle mi sospecha de que la versión española será adaptada a oídos españoles. La historia es menos romántica de lo que se ha pretendido, y los diálogos, no aptos. Segal no entiende nada de lo que le digo y hace un gesto extraño. Por primera vez en la tarde, me parece que su opinión es sensata.

■ D. G.